

## ¿Y AHORA QUÉ? de DraKay

---

*El barco avanzaba hacia el atardecer, zozobrando mientras se hundía lentamente, fundiéndose su silueta con la luz moribunda del Sol. Elizabeth lo miraba desde la orilla, la espada todavía en la mano. Impertérrita, dando un último adiós a la que fue su vida, el final de su historia.*

*Fin*

–¿Y ahora qué? –Las palabras aparecieron en la pantalla sin que las hubiese tecleado.

¡Plaaap! –Borró aquella pregunta con una única pulsación, no sabía de dónde salían, no deberían estar ahí.

–¿Y ahora qué? ¿Vas a dejarme aquí sin nada? –Otra vez ahí. Otra vez sin que él las hubiese escrito.

Volvió a borrar las palabras. No era un documento compartido, nadie más debería poder editar, no debería poder aparecer un texto fuera de su control y menos cuando por fin lo había acabado.

–Sé que me estás leyendo. Contestame. –El cursor parpadeaba insistentemente junto a las palabras, amenazante.

Miró la pantalla. No sabía qué hacer. ¿Le habían hackeado el ordenador? ¿Qué querían? Dejó que los segundos pasasen, pero el cursor seguía ahí, esperándole. Ni siquiera sabía qué significaba esa pregunta... ¿Ahora qué? Era tan abierta, tan habitual. Él mismo se la hacía cada vez que terminaba un trabajo, y ahora mismo también se la hacía, dudando cómo reaccionar ante esa frase de píxeles negros.

–¿Quién eres? –Le costó siglos teclear cada letra, no tenía nada que perder, o eso se decía, pero a la vez era extraño, hablar sin saber si alguien lo estaba leyendo siquiera. Quizá se estaba volviendo loco.

–Ya lo sabes –Las palabras aparecían poco a poco, él se acercó al cristal, como si eso fuese a darle una respuesta antes–, Soy Elizabeth.

Apagó el ordenador lo más rápido posible. Era demasiado. ¿Su propio personaje le hablaba? No era real, ¡Él la había creado! Ni siquiera se había molestado en elegirle un nombre o decidir su edad, había dejado que una página web lo hiciese por él. Su personalidad era un cliché del camino de héroe y su pasado un burdo bosquejo. No era una persona real capaz de comunicarse, y menos a través de su ordenador. Miró el reloj, eran las dos de la madrugada, quizá fuese eso, el sueño le estaba jugando una mala pasada. Quizá era más fácil escribir medio dormido, pero tenía que tener su lado negativo, la realidad se difuminaba con el sueño, tenía que ser eso. Debería irse a la cama.

Estaba levantándose de la silla cuando la pantalla iluminó de nuevo la habitación en penumbra. El procesador de textos se abrió más rápido que nunca y una nueva frase apareció lentamente en él.

–Por favor contesta. ¿Ahora qué? ¿Cómo continúa mi historia? –No sabía qué escribir. Qué pensar. Su personaje le estaba pidiendo instrucciones como si fuese un dios.

–Tu historia ya ha terminado. –Había acabado el libro. Las setenta y cinco mil palabras que le habían pedido. Ya no habría más Elizabeth Finch, por mucho que ella misma lo pidiese, ni siquiera era real.

–Las historias no empiezan o terminan, es el autor el que decide dónde poner el principio y el final. Tú puedes continuarme. –Se podía notar la desesperación en el texto, la urgencia y la necesidad. Casi como si fuese humana.

Se quedó quieto, mirando la pantalla. No llegaba a entender la situación. ¿Era siquiera real o estaba soñándolo todo? Quizá era el estrés. Había pasado meses trabajando en su historia, y ahora, ya no quedaba nada, todo lo que había ocupado su tiempo se había ido, dejándole vacío, sin un siguiente paso que dar, igual que su protagonista. Al final era eso lo que le estaba pidiendo, su propio paso. Quizá era su deber como creador...

–¿Sabes quién soy? –Tenía curiosidad, quizá miedo, quería saber cómo le veía su propia obra.

–El creador. Tú nos escribiste. –Algunas letras aparecieron, para ser borradas al poco. Elizabeth dudaba, no era un rasgo que él le hubiese escrito, quizá fue torpe o miedosa al principio, pero nunca había dudado. Y sin embargo ahí estaba. Dudando– Sé que no eres un dios –Las palabras por fin aparecían, más despacio

que nunca—. Sé que solo soy un personaje para entretener a unos pocos lectores. Sé que para ti no soy nada. Pero tú eres el que me define.

—Ya has conseguido lo que querías. Ganaste tu guerra. Ahora vive. —Tal y como él lo veía le había dado un final redondo a Elizabeth, bastante feliz dentro de lo que cabía. No sabía qué más escribirle.

—¿Ganado? No. Yo no he ganado, y mucho menos quise nada de lo que pasó. Perdí una vida, perdí todos los que me importaban. Había días en los que no sentía nada, solo lo que tú decidías. Pero otros, días de relleno, días que no te molestabas en escribir, en los que todo venía a mí, de repente pensaba en ellos y me daba cuenta de que nunca volvería a verlos, y comprendía el significado de nunca, el terrible sentido de no tener una oportunidad más. Y lo peor es que dejaste girar el mundo y todo lo que pudo servir de su recuerdo o desapareció o lo perdí.

Leyó aquel párrafo varias veces, despacio, reconociendo un sentimiento que él también había sentido. Nunca había pensado que Elizabeth pudiese tenerlo, en realidad nunca se había planteado ningún sentimiento para ella fuera de la trama. Solo debería haber importado completar su objetivo. Pero las personas nunca eran tan simples y al final quisiese o no había creado una persona para después romperla en cientos de añicos. Era culpable de todo lo que sentía y debería solucionarlo. Crujió sus dedos como un héroe de película y empezó a teclear.

*Cuando el sol se puso al fin, Elizabeth pudo distinguir un barco pequeño y cochambroso avanzando entre la niebla de la noche. Difuminadas en su interior algunas figuras, sus caras todavía no eran visibles, pero el corazón de Elizabeth le decía*

—¡Para! —Las palabras aparecieron interrumpiendo su texto —¿Qué crees que haces?

—Devolverte a los que has perdido —No veía donde estaba el problema, parecía lo más lógico, lo mejor para ella.

—Pero es una mentira. Ellos se fueron, lo vi, lo sentí. Ellos lo sintieron. No eres un dios, no puedes devolverlos, no de verdad.

—Toda tu vida ha sido una mentira —Escribió, tratando de explicarse— Yo la creé igual que te creé a ti. Yo te los quité y de la misma manera puedo devolvértelos. ¿Si no es eso lo que buscas qué es?

Podía imaginar cómo Elizabeth negaba con la cabeza, igual que le había obligado a hacer tantas veces antes de una batalla imposible o justo en el momento de tratar de convencer a sus aliados. Era increíble como ella era todo lo que le había escrito

y a la vez totalmente incomprensible para él. había cogido los tópicos y las pinceladas de personalidad que le había dado y había construido todo un ser en torno a ellos. En el fondo no era solo su creación.

–Un objetivo, eso es lo que quiero. Como has dicho soy una mentira, únicamente la parte de una persona que te interesó describir, pero te dejaste demasiado atrás. Nunca he tomado mis propias decisiones, solo seguí tus instrucciones, pero ahora ya no tengo instrucciones.

Él al fin lo veía. Por fin ella había sido capaz de explicarle el verdadero problema. Había dejado a su creación suelta en un mundo extraño, la había dirigido a completar sus propios deseos inventados, pero nunca le había creado unos gustos, unos objetivos fuera de la propia historia. Ella había dicho que las historias nunca terminaban, pero él no le había marcado ningún camino por el que continuar, su final redondo era lo que en realidad frenaba a Elizabeth, no tener ningún cabo que tirar. En la realidad nunca era así, siempre quedaba algo... Pero quizá no era él el que debiese ofrecerle ese camino, porque en el fondo ella también era su propia escritora, quizá más que él mismo, no estaba viendo a su Elizabeth, estaba viendo algo muchísimo más complejo.

–Dices que nunca has tomado decisiones que yo no te haya escrito, pero es mentira, sí lo has hecho –Trató de explicarle lo que veía en ella– Has decidido contactar conmigo. No es algo que yo planeara, ni mucho menos que considerase posible. ¿Quién dice que no puedas continuar por tu cuenta?

–Pero eso no es lo mismo, no es igual pedir ayuda a tu autor que seguir viviendo sin su ayuda. –Ahí estaba el miedo que le había descrito, pero otra vez algo más, cierto deseo oculto de un futuro.

–No es eso lo que te digo. A lo mejor te equivocas al pensar en mí como tu único autor. Llevaremos hablando diez minutos y ya he visto varias cosas en ti que no escribí, cosas que tú has creado por ti misma y sin mi ayuda. Prueba a escribir tu historia.

No necesitaba ver su mundo imaginario para saber que Elizabeth estaba nerviosa, negando con la cabeza o jugueteando con su vieja espada. Sin querer acababa de construirle un nuevo momento clave. Ya no era una batalla contra hordas de elfos oscuros, pero sí era una batalla, una lucha contra su propia naturaleza ficticia.

*Un gato anaranjado, con el pelo ralo manchado de salitre, caminaba lentamente por la arena. Parándose justo delante de Elizabeth para lamerse algunos arañazos, seguramente heridas de guerra.*

Las palabras escritas por ella aparecían cada vez más rápido, casi como si estuviese emocionada. No le sorprendía, era ese momento en el que las palabras empezaban a tener un sentido y juntarse en un todo, en un sonido con significado. Esperó a qué Elizabeth reaccionase, comentase si su párrafo había funcionado.

–¡Tengo un gatito! –Tardó un poco en seguir escribiendo– no me judges, siempre quise uno... Y lo importante es que ha funcionado. Tengo el control... Pero, ¿Hasta qué punto? –Otra vez una duda, pero más oscura que la anterior, más profunda.

*El cielo se cubrió de nubes oscuras, casi invisibles en mitad de la noche. El silencio de aquel día triste se vio interrumpido por el ruido de un rayo.*

–Esto es demasiado... –Elizabeth parecía sobrecargada por el poder que acababa de descubrir, una cosa era controlar su futuro, otra controlar el mundo. Ni él mismo lo había asimilado todavía. Hasta ese momento solo había pensado en su efecto en la protagonista, no en su efecto sobre el mundo en sí mismo, y era aterrador. ¿A cuánta gente habría hecho sufrir? ¿Cuánto habría destruido de forma egoísta por un poco más de emoción?

–No tienes por qué usar ese poder. Solo sigue un camino. Tienes un mundo delante de ti, vívelo. –Se paró un momento antes de continuar escribiendo, buscando las palabras que pudiesen funcionar mejor para animar a Elizabeth, no sabía si lo hacía por ella o por sí mismo, para librarse del problema, pero debía hacerlo– ¿qué es lo que quieres hacer?

–No lo sé... –Elizabeth dudó otra vez, siendo ella misma y no la versión que le había escrito– Quizá compre un barco nuevo y me dedique a llevar a viajeros. Vivir aventuras simples, decidir yo misma a dónde voy.

–Entonces hazlo sin más. No trates de escribirlo. Sabes que tienes ese poder, pero no lo necesitas. Simplemente compra el barco, como haría una persona real y no un personaje de ficción.

Elizabeth no contestó, pero de alguna forma sabía que estaba marchándose, decidida a seguir la vida que ella quería y no la que él le fuese a escribir. Y él sonrió, pensando en ese nuevo barco y en esa joven por fin feliz y libre.

–Espera un momento –La frenó antes de que se separase de él del todo–. Antes de que te vayas, ¿Me puedes decir cómo supiste que eras mi creación?

Pasó casi un minuto hasta que volvieron a aparecer palabras en la pantalla, un minuto mucho más agobiante de lo que habría imaginado, un minuto en el que una duda creció dentro de él.

–Fueron los detalles que faltaban, como el color de mi pelo. Nunca escribiste de que color era y un día de relleno, al mirarme en un río, me di cuenta de que no lo sabía. Así te das cuenta de que no eres nada más que un personaje, cuando después de horas algo básico no está, cuando tras toda la historia alguien nunca ha sido nombrado. –Pasaron varios segundos sin ninguna frase más, hasta que unas últimas palabras se mostraron en la pantalla– Por cierto, ¿cómo te llamas?